

PERU

Chicha

LA MEZCLA DE LOS MESTIZAJES

¡DESDE PUNO! UN LIBRO DE

DORIAN

ESPEZÚA SALMÓN



Planeta

PERÚ CHICHA
La mezcla de los mestizajes

CONTRATO DE LECTURA

No soy antropólogo y, sin embargo, escribí este libro sobre la cultura chicha. Lo escribí desde la perspectiva de un licenciado en Literatura. Tampoco sé, a ciencia cierta, a qué género discursivo pertenecen estos relatos que tienen de autobiografía, testimonio, ensayo, entrevista, crónica o cuento. Son relatos des-generados. Todos los seres de ficción que aparecen en ellos son nativos de los mismos, son inmigrantes o fueron trasplantados de la realidad chicha que nos envuelve a casi todos. En ese sentido, todos los relatos son transcripciones metaforizadas de la realidad.

Seguramente el lector encontrará alguno que otro término “académico” que tendrá que comprender por el contexto o acudiendo a alguna fuente de información. Dicha terminología forma parte del lenguaje cotidiano con el que hablamos de nuestra cultura. Por esa razón, he preferido no redactar un glosario de términos. Me parece que el lenguaje con el que están escritos estos textos puede ser comprendido por cualquier lector medianamente culto.

Son innumerables las personas a quienes debo agradecer por haber compartido conmigo la aventura de escribir este libro. No los nombraré porque no quiero olvidarme de

nadie ni establecer una jerarquía con el orden de la mención. Este libro es colectivo en muchos aspectos aunque tenga mi nombre y yo aparezca como el autor. Y, dado que soy el autor, no me escudaré aquí en la licencia literaria que sostiene que el responsable de lo que se dice es el narrador y no el autor. Los narradores de estas historias comparten conmigo sus ideologías, prejuicios y esperanzas.

Lima, 18 de enero del 2018

Para los hijos y nietos de los migrantes

LOS ORÍGENES
PUNO, PARQUE SAN ANTONIO, 1970

Para llegar al barrio San Antonio, que en los años setenta tenía una canchita deportiva de barro sobre una loma de tierra y piedra, hay que subir cuatro cuadras por el jr. Ayacucho desde la plaza de Armas, en cuyo centro existe, en vez de una pileta central, un monumento a Francisco Bolognesi. Puno, por esos años, era una pequeña ciudad lacustre que empezaba a transformar su rostro sociocultural en el que antes se diferenciaban claramente los espacios que ocupaban indios, mestizos y señores. De pronto, la ciudad empezó a recibir migrantes mistis, quechuas y aimaras que abandonaban sus pueblos en busca de un espacio en la ciudad que hacía poco había dejado de ser un pueblo y donde, desde la década del sesenta, empezó a funcionar la Universidad Nacional Técnica del Altiplano. La flamante universidad atrajo a catedráticos de diversas disciplinas y a estudiantes, provenientes de Arequipa, Tacna, Moquegua, Cuzco, La Paz (Bolivia) y de las diferentes provincias del departamento de Puno. Estos, junto con los extranjeros que por múltiples razones se asentaron en la región, convirtieron a Puno en una ciudad cosmopolita. A orillas del lago Titicaca decidieron arraigarse como comerciantes o migrantes los Wagner, los Tanaka, los Salmón, los

Berolatti, los Dancuart, los Atta, los Abuhaba, los Reveggino, los Ratto, los Nava, los Parodi, los Isolabelle, los Di Marco, los Passano, los Secchi, los Villamil, que le dieron a esa ciudad de adobe, paja y teja un aire diferente y más colorido. En esa tranquila ciudad, enmascarados o no, empezaron a bailar en sus fiestas todas las sangres con todos los ritmos y fueron apareciendo los equipos de fulbito que más tarde serían rivales en el campeonato del barrio.

En las heladas noches altiplánicas cuando la temperatura se mantenía bajo cero, dormíamos en colchones y almohadas que estaban hechas con lana escarmentada por nosotros mismos. Nos abrigábamos con frazadas multicolores que eran tejidas en el patio de nuestras casas y solo las sábanas blancas eran compradas en el Mercado Central. El adobe con el que estaban levantadas las paredes de nuestras chozas soltaba en las noches el calor que almacenaba durante el día y las velas eran toda la luz con la que hacíamos las tareas escolares. No había televisor a blanco y negro en todas las casas, y los pocos que tenían ese aparato cobraban por hora imponiendo sus reglas. Cuando queríamos ver una película, bajábamos hasta la plaza de Armas donde quedaba el cine Colón (ahora convertido en un banco). Paseábamos luego por la calle Lima fumando un cigarrillo Inca hasta llegar al parque Pino, donde quedan todavía el cine Puno y el cine Municipal para el recuerdo de los que dimos en sus salas el primer beso. Puno dormía a las nueve de la noche, bailaba todo el año y se emborrachaba de jueves a domingo.

El tren que pitaba todos los días a las seis de la mañana inauguraba nuestro día con un viaje para traer agua del

pozo y nuestras madres prendían las cocinas a querosene para preparar el desayuno con quinua o cañihua. Ese mismo tren se llevaba los productos agropecuarios del Altiplano y, a su retorno, traía los primeros artefactos eléctricos que poco a poco fueron transformando la vida de todos. El ají ya no se molía en el batán de piedra que paulatinamente fue sustituido por la licuadora. El tren y la universidad permitieron que en Puno confluyeran personas provenientes de diferentes regiones y estratos sociales. Nosotros, es decir, los Pino, los Armaza, los Barrientos, los Chávez, los Serruto, los Sánchez, los Paredes, los Romero, los Deustua, los Valcárcel, los Aramayo, los Ayala, los Valdivia, los Eduardo, los Meneses, los Villar, los Trigos, los Quintanilla, los Lezcano, los Catacora, los Núñez, los Butrón, los Jiménez, los Espezúa, los De la Riva, los Encinas, los Corneo-Roselló, los Ardiles o los Frisancho; niños que, en esa época, jugábamos fulbito en el parque San Antonio, éramos hijos de empleados públicos, abogados, profesores, enfermeras, policías, ingenieros o médicos descendientes de hacendados venidos a menos, o de migrantes que encontraron su lugar en el mundo a 3800 metros sobre el nivel del mar. Casi todos fuimos a uno de los dos colegios nacionales que neciamente se disputaban el nombre de San Carlos. En ese tiempo, los que estudiaban en un colegio o universidad particular eran aquellos que no rendían en los colegios y universidades estatales. Allí compartimos carpeta con los Choquehuanca, los Condori, los Canaza, los Paricahua, los Aduviri, los Humpiri, los Mamani, los Sairitupac, los Zapana, los Tito, los Quispe, los Apaza, los Vilca y los Vilcapaza; hijos de agricultores, pastores,

pescadores, comerciantes, empleados municipales o artesanos con cuyos descendientes muchos de nuestros parientes se casaron y tuvieron hijos que hoy estudian en la Universidad de Lima o en la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Nosotros vimos la destrucción de la arquitectura puneña encarnada en el derribo del antiguo y bello edificio de la Municipalidad de Puno en cuyo lugar se construyó la actual municipalidad, que será todo lo moderna que quieran, pero que no guarda relación con la identidad arquitectónica puneña. Los que cometieron este crimen desfiguraron el rostro colonial de la ciudad. Puno ha sido destruida nueve veces a lo largo de su historia y la última destrucción se hizo en nombre del “progreso”. Los alcaldes puneños odian los árboles, destruyen alamedas, cubren todo con cemento. Poco a poco el pueblo de adobe y amplias alamedas se fue transformando en una ciudad de concreto sin vegetación. La plaza de Armas actual es chicha por donde la miren porque es una mezcla inarmónica de estilos coloniales, republicanos y modernos. Y si la plaza principal es así, entonces no es difícil entender el estilo huachafo de la arquitectura de toda la ciudad donde se construyen casas al estilo Miami, como si Puno tuviera un clima tropical todo el año, cuando, en realidad, hace frío siempre. Los edificios nuevos de la universidad, construidos con una diversidad de modelos arquitectónicos, han terminado por afear el original diseño armónico, en el que la arquitectura se integraba a la naturaleza. Tal vez esta ciudad, después de la indescriptible Julia-ca, sea el paradigma nacional de la arquitectura chicha. En Puno quedan dos palmeras de pie y pocas casonas con patio

interior. En su lugar, se han levantado cubos de cemento de tres o cuatro pisos que son una clara manifestación de la concepción estética del nuevo poblador puneño.

Chicha es también el transporte público en el Altiplano. Antes, en el tiempo de los trueques, existían los cargadores de bultos y de personas que eran generalmente indios forrados como aquel que aparece en la famosa fotografía de Martín Chambi. Era común ver pasear por las calles recuas de ganado dirigidas por arrieros que llevaban y traían productos de uno y otro lado. Luego, aparecieron los triciclos que necesitaban la fuerza de las piernas y los brazos para subir los sacos de chuño, tunta o papa a las casas más alejadas del centro. Era una forma honrosa de ganarse la vida con el sudor de la frente. Pocos eran los taxistas en una ciudad que podía recorrerse a pie de extremo a extremo. No existían buses interprovinciales para el transporte de personas y el que tenía un camión era millonario. Caminar subiendo y bajando cuestras siempre fue un ejercicio saludable para los puneños. De pronto, la población se multiplicó por cinco y aparecieron como plagas los taxicholos, las combis, los inca-autos y las motos. Exceptuando a los cargadores, que perdieron su pelea contra los motores, en las estrechas calles de la ciudad lacustre, circulan al mismo tiempo toda esta clase de vehículos, de manera que los bocinazos se parecen a una banda de músicos y los medios de transporte son una comparsa que avanza tan lento que, a veces, parece que retrocede.

Desde nuestro barrio contemplábamos un horizonte en el que se mezclaban el cielo celeste con el lago azul mientras surcaba el Ferry Bot por sus aguas y una que otra balsa de

titora con vela blanca pescaba suches, ispis o carachis que ahora están extintos por la incorporación de nuevas especies que terminaron tragándose a las nativas: la fauna del lago no acepta ser chicha ni chola. Nosotros estábamos familiarizados con la salsa, el rock, el bolero, la cumbia, las chacareras, las zambas, los pasillos ecuatorianos, las cuecas chilenas, los tangos argentinos y la música criolla peruana. Alternábamos el baile y el canto de huainos con The Beatles, con los sikuris, con los Rollings Stones, con lo mejor de la ópera, con las estudiantinas puneñas, con los Iracundos y con el Cuarteto Continental, que escuchábamos en nuestros radios transistores, con los discos de vinilo (que encargábamos a la única tienda de música que existía en la ciudad) y con los casetes. Todos los ritmos nos pertenecían y nos sentíamos parte del mundo viviendo en uno de los lugares más pobres y fríos del Perú. Hoy, que existen los CD, el Internet y Spotify, somos hinchas del DJ Ruso Jack Condori Perca, que presenta música urbana mezclando el aimara, el castellano y el inglés en una radio local de Ilave.

Solíamos alternar en nuestra vestimenta las ojotas con las zapatillas, el poncho con las casacas térmicas, los jeans con el pantalón de tocuyo, la gorra con el chullo; y el fiambre de colegio —que llevábamos en una chuspa tejida con lana de alpaca— estaba compuesto por mote, quispiño, queso fresco y una botella con api o mate de anís. Cuando éramos adolescentes y teníamos las hormonas alborotadas, podíamos ir tras las imillas a una fiesta patronal durante el día a bailar huainos y pandillas puneñas que cantábamos en quechua, aimara o español; podíamos ir tras las gringas a bailar rock

y salsa en una discoteca de moda hasta las diez de la noche; pasarnos luego a una fiesta con música tropical andina en el barrio Laykakota para enamorar a las cholas, y, finalmente, terminar escuchando música clásica hasta el amanecer con o sin ellas. En todas las fiestas caíamos bien y eran nuestras conquistadas gringas, imillas, cholas, morenas, chinas, negras con quienes aprendimos a balbucear el inglés, el francés, el quechua sureño o el aimara. Siempre fuimos muy democráticos en el amor. Estábamos hechos de todo y para todo, y fuimos yéndonos poco a poco del barrio a cualquier lugar del mundo donde podíamos estudiar las carreras que no ofrecía la Universidad de Puno. Nos fuimos muchos, pero más fueron los que llegaron por la migración interna.

Después de que nuestro equipo perdiera con honor en el campeonato del barrio, El Calán, empezaban con un par de chelas las míticas juergas donde tomábamos lo que nuestros bolsillos de estudiantes podían comprar o lo que había sobrado de las fiestas en nuestras casas. No hay licores que no hayamos mezclado en nuestras borracheras infinitas allá en la torre donde vivía Elard: la chicha de jora con la cerveza, el vino con el singani, el wiski con el pisco, el ron con el cañazo, el chuchuwasi con el vodka. Cuando teníamos hambre, sacábamos de nuestras casas chairo, caldo de cabeza, timpo, chaufa, canchacho, arroz con pollo, huatiada, lomo saltado, pishuara, tacu tacu, pesque, rocoto relleno, pastel de papas, papa a la huancaína, seco de cordero con frijoles, escabeche de pejerrey, anticuchos, chunchulíes, charquicán o tallarines. Lo juntábamos todo en una *lliclla*, en una especie de bufete que compartíamos.

Por alguna razón, oculta en las calles del barrio Alto Orkopata, éramos inclinados a la lectura tanto como a la música o al fútbol. Tal vez porque la selección peruana de fútbol fue al mundial de México setenta; tal vez porque a pocas cuadras del barrio habían vivido Theodoro Valcárcel (el más grande compositor de música de estas tierras), José Antonio Encinas (un maestro de maestros), Carlos Oquendo de Amat (que en 1927 escribió los *5 metros de poemas*) y Gamaliel Churata (autor de *El pez de oro*); tal vez porque visitábamos los fines de semana al poeta Efraín Miranda (un blancón ermitaño que se creía indio); tal vez porque vimos pasear por la avenida Circunvalación a Inocencio Mamani (el único integrante indio del famoso Grupo Orkopata); o tal vez porque, junto con el pintor Víctor Humareda, nos enamoramos de Marilyn Monroe. No lo sé. La cosa es que, intercambiando libros, terminamos leyendo la novelística francesa, inglesa, alemana, italiana, rusa y latinoamericana.

Treinta años después, en la festividad de la Virgen de la Candelaria, nos reunimos alternadamente todas las sangres con nuestros hijos, nietos, nueras y yernos venidos de todos los rincones del Perú y de países como Argentina, Chile, México, Estados Unidos, Francia, Japón..., a donde la vida y las circunstancias nos llevaron. Nos quedamos en nuestro barrio una semana para recordar los viejos tiempos cuando el viaje en tren a Arequipa o al Cuzco duraba toda la noche; cuando no había agua potable, luz eléctrica o carreteras asfaltadas; cuando en los parques y plazas se vendían alfajores de mantequilla y *sarnitas* (un pan típico) que tenían una costra de queso que cubría toda su circunferencia; cuando la

bahía de Puno no olía a mierda como ahora; cuando se bailaba por la fe y la fiesta era para todos; cuando la fruta era muy cara; cuando no había delincuencia ni pandillaje. En el Puno de hoy, los descendientes de los indios de ayer, que ya no se reconocen como indios salvo para buscar electores en las campañas políticas, han tomado el control político, económico, académico y cultural, de manera que ahora todo es chicha también en ese sentido. Nosotros, que ya habíamos mezclado nuestras sangres, las seguimos mezclando con gentes de todas partes del mundo.

¿Quiénes éramos? ¿Qué identidad teníamos o estábamos formando los puneños urbanos en la década del setenta? Voy a usar una metáfora para explicar el desarrollo de la cultura chicha en Puno, a cuyo proceso, que aún no ha concluido, denominaré *chicheficación*. Esta metáfora tiene que ver con las frutas, la ensalada de frutas y el jugo de frutas como representantes de tres estadios en nuestra evolución cultural e identitaria. Ojo, no digo que cada etapa haya sido superada, puesto que podemos hallar todavía personas que representan bien el primer y el segundo estadio. Finalmente, en el Perú coexisten todos los tiempos históricos y cualquier viaje de penetración puede revelar las diferencias socioculturales y las diferentes conexiones que los peruanos establecemos con la tecnología moderna.

El primer estadio —el de las frutas— implica un contacto cultural en el que se mantienen separados los grupos étnicos y culturales, de forma que se promueve el racismo, la segregación y la marginación desde una posición dominante y jerárquica. Hablamos del tiempo largo en que

por prejuicios se intentaba mantener a cada matriz cultural separada de las otras. Los indios con indios, los negros con negros, los blancos con blancos, los chinos con chinos. Recuerden que Felipe Guamán Poma de Ayala despreció el mestizaje y abogó por que los indios se casaran con indios para evitar que estos se acabaran. Lamentable o felizmente, según se prefiera, hemos llegado al momento en que el temor del lenguaraz se ha cumplido, puesto que casi no existen indios en el Perú del siglo XXI, a pesar de que en sus calles transitan sus descendientes. Además, para el cronista, los mestizos e indios ladinos heredaban o aprendían todo lo malo de las matrices culturales que los conformaban. Existen ejemplos similares con relación a los negros, españoles o chinos. Como se ve, hay racismo de uno y de otro lado porque los mestizos estaban excluidos de la fiesta de los blancos como de la fiesta de los indios; de manera que en este momento podemos hablar de frutas (castas, clases, etnias) separadas.

Así era Puno antes de la década del sesenta. Los indios llamaban “señoritos” a los hijos de los hacendados y los primeros comían con cubertería diferente y dormían en cuartos separados donde en vez de colchones había cueros de vacas o corderos que ponían sobre *quesanas*. Los “mistis” explotaban a los quechuas y aimaras haciéndolos trabajar sin sueldo, y sentían desprecio por sus lenguas, creencias y tradiciones. La reforma agraria del gobierno de Velasco fue un *pachacuti* que aceleró el cambio. Además, no se pudo evitar el mestizaje producto del abuso sexual o del enamoramiento. Los descendientes de indios en Puno son porcentualmente la

mayoría que elige, a través de un voto étnico, a los representantes ante el Congreso de la República y a los alcaldes que a veces linchan.

Armando (ciudad de Puno, 1951), desde su experiencia, cuenta su vida. Esta nos puede servir de ejemplo del rápido proceso de transformación. Como nieto de hacendado, siendo niño, era cargado por los indios desde la carretera hasta la casa hacienda; en el colegio y la universidad compartió carpeta con los hijos de los indios que lo servían y quienes, a pesar de todo, siempre ocuparon los primeros puestos; ahora, paradójicamente, es empleado del nieto de quien antes fue su empleado. Armando se enamoró y se casó con Justina, con quien tuvo nueve hijos que viven en Comas y todos son emprendedores, como se dice actualmente a los peruanos que crean su puesto de trabajo.

Facundo (Santa Rosa de Juli, 1952) cuenta el otro lado de este proceso. Pobre empleado en la casa de sus patrones, que a la vez eran sus padrinos, tomó consciencia temprano de que su única salida estaba en el colegio nocturno al que asistía después de cumplir con sus tareas domésticas. Haciendo el doble de esfuerzo terminó la secundaria e ingresó a la universidad en donde se graduó sin terno, pero con honores. Obtuvo una beca al extranjero y, posteriormente, regresó como doctor para trabajar en su tierra. No lo dejaron los indios, que ahora eran cholos y se creían mistis; le cerraron las puertas sus paisanos, ahora convertidos en autoridades impresentables, quienes empezaban a copar casi todos los puestos de gobierno. Se marchó de Puno y lejos formó una empresa que ofrece trabajo a dos mil empleados que pudieron haber sido puneños.

Aunque en pleno siglo XXI ya no podemos hablar de pureza étnica, hay sectores de la sociedad pudiente, pituca, dominante, “blanca” que se sienten exclusivos y son excluyentes cuando cholean o ningunean al peruano promedio. Lima es la ciudad en la que vive la mayor cantidad de cholos, de quechuas, de aimaras, de chichas, y, sin embargo, el ideal promovido por las élites dominantes es el de ser “blancos”. No obstante, a muchos de los nuevos limeños les interesa resaltar su mestizaje, su transculturación, su hibridez, la superposición de culturas que los conforman. En Puno, a estas alturas del siglo XXI, se da un fenómeno interesante dado que se manifiesta abiertamente un racismo al revés, practicado por algunos sectores radicales, que buscan expulsar a los que ellos consideran “mistis”, como si en estos tiempos se pudiera hacer una nueva limpieza étnica. Son frutas que no se quieren mezclar a pesar de compartir el mismo plato. En este caso, la frontera no es necesariamente racial, es sociocultural y depende del *capital simbólico* (el color de la piel, el colegio donde estudiaste, el distrito donde vives, la universidad a la que vas, el auto que manejas, la ropa que usas, el club del que eres socio, el apellido que tienes, las facciones de tu rostro, las lenguas que hablas, los destinos de tus viajes, etcétera), que es más importante que el capital económico —Bourdieu dixit— y que exhibe cada quien y cada cual. Pensemos en el más racista de los estudiantes de una universidad limeña llamada de *élite* o en aquel anónimo campesino que en Puno te grita por la espalda: “Fuera de aquí misti de mierda”. Ambos tienen de inga o de mandinga y, sin embargo, se creen superiores o dueños de una región por ignorancia o estupidez.